

# HACIA UNA MEJOR CONVIVENCIA HUMANA

## TOWARDS A BEST HUMAN COEXISTENCE

Jaime González Dobles

Catedrático jubilado, Universidad de Costa Rica

[jdobles@racsa.co.cr](mailto:jdobles@racsa.co.cr)

Hace ya bastantes años, uno de los filósofos más famosos de la historia dijo una frase que ha sido repetida muchas veces sin comprender realmente su significado. Aristóteles señalaba que los seres humanos somos animales políticos. Nos trató de “animales” no para ofendernos, sino para reconocer que somos unos mamíferos que necesitan convivir, reproducirse, alimentarse y protegerse de las inclemencias del ambiente.

Al principio, los primeros humanos vivían en una naturaleza variada, rica de oportunidades y de peligros. Cazaban y comían lo que encontraban en su peregrinar. Pero, por efecto de nuestra estupidez, desde hace tiempo hemos puesto en entredicho nuestra subsistencia al no respetar la adecuada convivencia con la naturaleza que nos nutre: la estamos convirtiendo en un enorme basurero de nuestros productos y desechos tecnológicos.

Los primeros humanos tuvieron la habilidad de crear medios para la protección de su vida entre los que sobresalen los asuntos relacionados con la alimentación, las armas, las viviendas y los utensilios. Pero, en este proceso, la diferencia con los animales no ha sido tanto la razón usada como el manejo deficiente del imaginario humano: al no ver más allá de la punta de la nariz (los beneficios particulares), nuestro proceder ha generado consecuencias desastrosas en lo profundamente humano.

Nuestro mundo más que racional, es razonador: trata de vestir de “razón” sus ocurrencias e intereses. Los animales manejan su entorno en función de sus reales necesidades mientras que los humanos vestimos de racionalidad nuestras ilusiones y fantasías. Nuestras llamadas necesidades no son hechos “reales” (como la vestimenta), sino inventos “ficticios” (como la moda). Nuestra vivencia de los valores espirituales, salvo valiosas excepciones, es así bastante pobre.

El esfuerzo organizado en base de un manejo supuestamente cooperativo y solidario de la naturaleza circundante y de la convivencia humana ha sido interesante, pero insuficiente. Ante este desafío, hemos usado la razón solo para cosas que tratamos de presentar como soluciones mágicas de todo lo humano (como el desarrollo tecnológico, el estado financiero o la vivencia en ciudades). Pero lo fundamental de nuestra vida como totalidad humana (sobre todo en lo más profundo: lo afectivo y lo espiritual) sigue siendo bastante pobre e irracional.

Creemos ser “racionales” cuando nuestro manejo de la humanidad es lo más irracional posible. Los animales no dejarían que tantos niños mueran de hambre en el mundo o sufran por falta de techo y afecto. Pero ellos piensan con su “razón” mientras, al pensar desde intereses mezquinos, nosotros nos olvidamos de hacer lo humano en función de valores espirituales bien fundamentados. De hecho, descuidamos las necesidades comunales. Somos bastante indiferentes ante la realidad ajena. Solo reclamamos airadamente cuando no se cumple con nuestras demandas específicas.

Al movernos en función de finalidades falseadas por interpretaciones engañosas, hemos puesto a la ciencia y a la tecnología al servicio de un amplio mundo de mentiras (llamadas con frecuencia “tecnologías”) que confunden las necesidades humanas con los ensueños, caprichos e intereses de ciertos grupos e individuos. No somos así hijos de la sabiduría, sino del juego de marionetas de los intereses creados.

De esta manera, las armas nos ha convertido poco a poco en los animales más “brutos” del planeta: unas bestias que las usamos para matar, maltratar y dominar a los otros. Como supuesto “país de paz”, condenamos la locura de la milicia o los genocidios como los de Hitler. Sin embargo, no nos damos cuenta de que nuestra alma tiene un oscuro rincón con sentimientos tan oscuros como los hitlerianos. De otra manera, no existirían las experiencias del odio, de la venganza, del rencor, de la enemistad, de la indiferencia, etc. Ni la falta de solidaridad, de cooperación, de entrega a los otros, etc. En estas condiciones, una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace. Pero la verdad humana no está en las palabras, sino en las acciones.

El pecado más grave en la historia de la humanidad ha sido la soberbia de interpretar lo propio como una “realidad casi divina”. A la pregunta sobre nosotros mismos, siempre respondemos con una novela fantástica de la cual

somos el genial protagonista. Cada individuo o comunidad se ve a sí mismo como el centro del mundo. Por eso, en su vida social, los diversos personajes (los “figurones” o los “reyes detrás del trono”) identifican, manejan y manipulan las necesidades de cada país o institución en función de sus ideas, intereses y ambiciones.

Esta pobre actitud transformó el uso de las armas. De utensilios de defensa y alimentación se convirtieron en instrumentos para la guerra contra los más débiles: quienes son vistos como presas aptas para ser conquistadas, explotadas o esclavizadas. Esta calamidad subsiste hasta nuestros días. Por ejemplo, la supremacía de la política norteamericana se ha sostenido por el temor al ejército mejor armado del mundo. De esta manera, su fundamento no ha sido la razón, sino el miedo.

En la historia humana, los hombres mejor “armados” (los mejor provistos en lo físico, mental o monetario) se han convertido en caudillos. Han puesto a su servicio los otros menesteres: científicos, religiosos, artesanales, agrícolas, etc. Cuando el territorio dominado fue significativo, se llamaron reyes y cuando conquistaron además a otros reinos se denominaron emperadores. Pero todos los imperios se han basado siempre en la potencia de su ejército. De esta forma, el poder de la antigua Roma se volvió “imperial” cuando el peso de la milicia romana se impuso sobre la grandeza de la sabiduría griega, aunque tuvieron la inteligencia de respetarlos como sus maestros.

El aumento de la población engendró la necesidad y la utilidad de una vida más sedentaria, la que ha generado serias ventajas y dificultades en las vivencias humanas. Al reproducirnos -como buenos animales- propiciamos la creación progresiva de viviendas sin comprender el sentido integral de la convivencia implicada. De este modo, los toldos y las cuevas se convirtieron en casas (las casas en edificios) mientras los senderos se transformaron en caminos (los caminos en carreteras; y estas en autopistas). Con el fin de lograr un mejor estilo de vida, los humanos comenzamos así a apoyarnos (pero también a explotarnos) los unos en los otros.

La unión estructurada de casas fue creando los diversos tipos de poblados y estos generaron sus necesidades. Pero la pérdida del sentido de comunidad en los poblados ha complicado, en el mundo actual, la necesidad de un adecuado gobierno. En principio, la necesidad de gobernar la vida y la comunidad es propia de todo lo humano. No obstante, con el desarrollo histórico más

reciente, el mundo de trabajo ha convertido su gobernanza en una especialidad laboral terriblemente deformada: la trampa específica del llamado “mundo político” cuyo desempeño es deformado además por la idolatría a la tecnocracia adjunta.

Pero este “mundo político” gobierna por razones ajenas a la convivencia de la que hablaba Aristóteles. En efecto, su delegación en supuestos especialistas es propia del ambiente laboral, no del gobierno como atributo de todo ente humano. En este, los tecnócratas solo deberían ser los sirvientes de los gobernantes, no sus rectores: ellos solo saben cómo hacer las cosas, pero no tienen criterios suficientes para definir qué hay que hacer. Por eso, los humanos no podemos rehuir la necesidad de la participación en todo gobierno sin renunciar a la condición humana ya que nadie comprende mejor las auténticas necesidades humanas que los verdaderamente implicados.

Cuando la convivencia sedentaria fue tomando históricamente más cuerpo, los caseríos se convirtieron en pueblos o poblados. En griego, estos se llamaban “polis”. En este sentido, Aristóteles no se refería directamente a esos grandes y monstruosos centros de población denominados en los últimos tiempos ciudades (como México, París o Nueva York) o estados (como China, Rusia o la India). No estoy tampoco hablando de lo que los ticos llamamos “ciudades”: un simple pueblito -con una población inferior a los 100.000 habitantes- cuya plaza de fútbol se ha convertido en un parquecito.

Por su momento histórico, Aristóteles no conoció esas moles extravagantes de humo y cemento en las que viven millones de personas carentes de un auténtico sentido de comunidad. En estos núcleos de población no hay convivencia, sino conglomerados humanos. Se vive sin saber quién ocupa la casa de al lado, ni quién cultiva el arroz y los frijoles que se come. Su estilo de vida deforma además todas las funciones del resto de la humanidad ya que las hacen girar en función de sus exigencias.

Aristóteles pensaba en el desafío de una convivencia en la que reinara de alguna manera el cara a cara de una auténtica comunidad humana. Reflexionaba sobre la importancia de una vivencia en las que los unos se apoyaran en los otros. Su meta era resolver los problemas fundamentales de todos desde el pleno sentido de la realización personal y colectiva en lo material, en lo vital, en lo cultural, en lo educativo, en lo artístico. Por eso, escribió como complemento varias obras de ética.

La antigua “polis” griega, como cualquier pueblo actual o pasado, no era algo sencillo: tenía su complejidad interna. En efecto, por la diversidad de sus funciones, engendraban siempre el problema de organizar sensatamente la división de las tareas que la sostenían (las que se han acrecentado al extremo con la absurda complicación de las ciudades). En teoría, por una parte, para poder hacer bien una cosa había que especializarse, confiando en que otros hicieran las cosas que dejábamos de hacer. Por otra parte, cada especialización dependía de la habilidad en el conocimiento requerido y de la experiencia en el dominio de los instrumentos implicados.

Con el fin de lograr un mejor estilo de vida, comenzamos así a apoyarnos (pero también a explotarnos) los unos en los otros. Con esta finalidad, es útil revisar un poco la historia. Gracias a los utensilios para mejorar la alimentación, se fue creando la habilidad, la ciencia y el arte de la agricultura como solución a las necesidades humanas: sembramos las semillas de las plantas y árboles que constituyen nuestra comida y sustento diarios. Con la misma lógica, al comenzar a intercambiar lo producido por cada cual, fue naciendo la actividad del comercio como intercambio de lo obtenido. Ambos se enlazaron con la artesanía para cubrir necesidades correlacionadas, como el vestido o la vivienda.

La construcción y el apero de las viviendas fue desarrollando un conjunto de artesanías. La lectura de los filósofos de Grecia o de la India ponen mucho énfasis en reflexionar sobre las diversas profesiones, entre las que tenía un papel importante también la milicia. Es interesante constatar que la arquitectura fue la tecnología actual que adquirió el mayor desarrollo en la antigüedad. Con la astronomía, esta propició un gran desarrollo de las matemáticas. En este mismo sentido, la artesanía pasó a las fabricas gracias al aporte tecnológico de las ciencias relacionadas. Al principio fue la física, luego la química y posteriormente todas las ciencias empíricas.

La historia va imponiendo siempre sus propias pautas. Es interesante constatar así el paso de la polis griega a las ciudades actuales. Más allá del poder ejercido por la nobleza y los jerarcas religiosos, cada pueblo vivía en la edad media alrededor de algún centro militar que pudiera de alguna manera protegerlos de los otros. Esto dio lugar a que las polis se convirtieran en los burgos.

La expresión latina “burgus” venía de término germano “Burg” que designa los castillos o fortalezas militares construidos por los nobles medievales para vigilar los territorios de su jurisdicción. Alrededor de cada castillo, se fueron

construyendo aldeas con campesinos, artesanos y comerciantes. Con el tiempo, los más adinerados de esta población comenzaron a copiar ciertos lujos de la nobleza y se convirtieron en lo que se llamó luego los burgueses, cuyo mundo no eran las armas, sino el desempeño profesional.

En este sentido, la Revolución Francesa no fue, como se dice, una revolución popular. Fue más bien un enfrentamiento del poder económico de los burgueses contra el poder político de los nobles. Pero lo que creó el desastre histórico fue el papel de Napoleón. Este quiso centralizar el nuevo poder en su persona. Los restantes gobernantes se identificaron con estas pretensiones.

Voy a tomar como ejemplo las universidades. En sus inicios, cada disciplina era regida por las personas de más experiencia: los decanos (los más viejos). Pero la influencia napoleónica llevó a los rectores a quitarle las atribuciones a los decanos y dárselas a sus fieles servidores: los vicerrectores. Lo mismo se hizo en la política. En Costa Rica, se le quitaron las atribuciones a los alcaldes y gobernadores y se le dieron a los correspondientes sirvientes: los ministros (y hablo de “sirvientes” porque el mandatario los nombra y los destituye a su antojo).

Al crecer los poblados y convertirse en ciudades, se fueron agrandando cuatro instrumentos, cuyo mal uso los ha convertido en los espantajos más desastrosos de la historia: los medios de producción, los medios de comunicación, el dinero y el poder. Como ejes centrales de la realidad actual, estos espantajos no son “espantapájaros” sino, más bien, “espantagentes” cuya meta es dar la impresión de que la mayoría de los humanos no puede participar porque, supuestamente, “no sabe cómo hacerlo”. Su mensaje es así un llamado a la pasividad: “dejen que otros lo hagan”.

El desarrollo de la tecnología ha tenido un fuerte efecto en los medios de consumo y producción. Históricamente, los instrumentos empezaron, al principio, como prolongaciones del cuerpo humano para alimentarse y protegerse. Pero, poco a poco, pasaron a ser también instrumentos de dominación: sobre todo los bélicos (basta con constatar el capital invertido en la actualidad en armas de todo tipo).

El desempeño corporal fue poco a poco sustituido por animales amaestrados. Con el invento de la rueda y el desarrollo de la química y de la metalurgia se comenzó a hacer todo tipo de máquinas, en una especie de relojería a gran

escala. Esto cambió a los animales por fuerzas inanimadas: agua, petróleo, gases, etc. Finalmente, con el invento de la electricidad, se crearon diversos aparatos para reemplazar tanto al trabajo humano por la automatización, como al cerebro humano por la computación.

La convivencia correlacionada ha originado así mayores necesidades de cooperación e intercambio; es decir, nuevas demandas de gobierno. Pero, por falta de un espíritu justo y solidario, esto se ha convertido en el problema histórico de la realidad humana actual. La necesaria y compleja división del trabajo suscitada fue creando muchos éxitos y errores, con sus injusticias y privilegios. Surgió así una situación en la que los países grandes sujetaron a los pequeños, las ciudades dominaron al campo, los comerciantes abusaron de los artesanos y agricultores, los empresarios explotaron a sus empleados, etc.

Esto tiene a nuestro mundo en una crisis estructural. Pero el juego “político” correlacionado ha creado un grandioso mundo de mentiras: una especie de teatro (unas veces cómico, otras veces dramático) en donde cada actor (o payaso) encarna un personaje con funciones particulares. Los más osados tratan de ejercer una cierta función de mandatario mientras los otros se contentan con desempeñar la tarea de ayudantes o sirvientes más o menos bien pagados. Pero la trama la escriben otros: los que manejan el mundo de las finanzas implicadas.

De este juego político ha surgido además una combinación compleja entre el poder y la comunicación. Al doblegarse ante el peso del poder (económico y político, la función complementaria de los procesos de comunicación social se ha vuelto todavía más tramposa. En lugar de ser medios de reflexión social, tratan de adoctrinar o de esconder los desafíos y problemas concretos de un auténtico gobierno en el que el pueblo implicado maneje, directa o indirectamente, sus problemas y necesidades específicas.

Por eso, las correcciones de los problemas populares han sido siempre bastante deficientes y mentirosas. Basta con ver el limitado efecto de las declaraciones formales sobre los principios humanos fundamentales: “las palabras se la lleva el viento”. Se atribuye las funciones del gobierno a “los que mandan”. Pero a la gente no se le da soluciones, sino “leyes”: unos simples enunciados formales. Por eso, en vez de “resolver” los problemas, desde los siglos pasados, este juego ha camuflado el drama popular en unas simples soluciones de papel: muchas leyes o decretos amañados con instituciones ineficientes.

Con el fin de dar la sensación de que hacen algo, los llamados “políticos” han creado unas leyes e instituciones para supuestamente controlar la conducta humana. Pero la confección de leyes es su mayor mentira: como dice nuestro pueblo, “el papel aguanta lo que le pongan”. De hecho, las leyes no enseñan a actuar correcta o adecuadamente. Simplemente castigan ciertos actos (hechos o supuestos). Por eso, la gente, como muchos juristas, termina por pensar que lo importante es encontrar la puerta para librarse del peso de las obligaciones legales.

Esta situación ha agrandado la actividad más importante del mundo humano: la necesidad de un auténtico gobierno. En sentido pleno, “gobernar” no es solo lo que hacen en un país, un estado o un ayuntamiento, los partidos (con sus figuras, compinches o camaradas). Es dirigir la orientación y la administración de toda convivencia humana en un determinado ámbito de la acción humana (un territorio, una actividad, una función, una especialidad, etc.). Pero esto se mide por lo que se hace realmente: no por lo que se dice.

Toda realidad humana tiene una necesidad y una obligación de gobierno. En principio, este es una exigencia, individual y colectiva, cuya función central es regir lo humano de la mejor manera posible. Por tal motivo, lo primero que cada ente humano debe gobernar es su propia vida y luego cooperar con los otros en el gobierno de sus respectivas comunidades. Por eso, para que una comunidad tenga un adecuado gobierno debe tener individuos valientes y sensatos; de otra manera, generamos todos los absurdos de la historia actual. Toda actividad o vida familiar, educativa, productiva, cultural o religiosa tiene su respectivo gobierno, basado en principios éticos. Para regir y mandar con autoridad, los individuos e instancias implicadas deben arreglar las actividades, las propias y las ajenas, desde un conjunto de normas, reglas o principios compartidos por la respectiva comunidad en función de su conocimiento y experiencia. Por esto, el fundamento de todo gobierno humano debe ser el diálogo, no la fuerza; la cooperación, no la imposición.

No obstante, la demanda gubernativa ha tenido siempre serios problemas de fondo en su vida real. Se ha vuelto al mundo de muchos pecadillos y pecadotes. Con los líderes de cada gobierno sucede algo parecido al cuento de nuestros abuelos cuando inventaron la vieja historia de la contraloría asignada a los “chaperones”. Pero, en la vida social, el problema no es solo supervisar la vivacidad de unos “jovencitos”, sino más bien controlar las trampas y los excesos de los “mayorcitos”. Pero estos tratan, en cuanto pueden, de eliminar a los



chaperones o de dotarlos al menos de unos anteojos institucionales bien oscuros para que no vean casi nada.

En su larga historia, nuestra gobernanza se ha ido prostituyendo desde el concubinato escandaloso del dinero y del poder correlacionados. De hecho, el culto por el éxito se ha convertido en el sometimiento al dios Dinero. Sus sacerdotes (los señores financistas de las ciudades del mundo y de sus instancias transnacionales) imponen las reglas y los objetivos. El dominio y la posesión se han transformado así en los objetivos supuestamente más sublimes de nuestra realidad.

El papel ritual que ejercían en la antigüedad las iglesias ha sido sustituido por los medios de comunicación masiva. Gracias a ellos se deforma cada vez más la conciencia moral como base de nuestra cultura y de nuestras vivencias políticas. Por un conjunto escalofriante de mitos, la ambición y la eficiencia se han convertido en la máxima expresión de una supuesta “necesidad” moderna.

La situación casi “divina” del mundo del dinero ha instaurado el mito de la fama y del tener como aquello que todo el mundo debe y quiere alcanzar. Estúpidamente creemos así que somos lo que tenemos y que la inteligencia no consiste en hacer y sobre todo en hacerse como seres humanos, sino en superar a los otros en lo que tienen (su dinero y su poder).

Ante la imposibilidad de estar en lo alto, la mayoría de la gente piensa entonces más en deshacer el éxito ajeno que en propiciar lo mejor de sí misma. Como dice nuestro pueblo, el tapujo de la ineficiencia popular es la bajada de piso. Para estar arriba, creemos que lo importante no es subir, sino impedir que alguien pueda estar por encima de nosotros. Pero, como miramos para abajo, no nos damos cuenta de que somos unas simples marionetas: que hay otros que están más arriba que mueve los cordeles para ponernos a bailar su melodía social y financiera.

De esta manera, los términos morales han dejado de ser una exigencia de acción: se convierten en unas lindas palabras con las que vestimos muchas veces las diversas formas de la iniquidad. De esta manera, la mayoría de nuestra población (la que ha sido formada en alguna de las expresiones del cristianismo) repite como lorito el Padre nuestro, sin comprender el sentido más profundo de la exigencia concreta del respeto a Dios y del amor de los unos por los

otros. De esta manera, la historia del “buen samaritano”, como muchas de las enseñanzas de nuestros textos religiosos, solo nos parece una bonita anécdota.

Pero la historia humana nos enfrenta necesariamente con el sentido de nuestra vida. Aunque nos aparezca como un gran “rompecabezas” que tratamos de armar con pequeños truquillos, la convivencia humana tiene una lógica profunda en sus interrelaciones. Su juego demanda desarrollar la inteligencia para manejar sus problemas en función de la experiencia adquirida. Con el paso de los ensayos y errores de la historia, surgen muchas claridades y muchas dificultades.

Por ejemplo, las monedas nacieron para evitar las dificultades del trueque. Para prever problemas futuros, nuestros ancestros inventaron las alcancías. Pero al convertirse en el día de hoy en dinero virtual, las alcancías se transformaron en bancos cuyas alcancías son mundiales.

En estas condiciones, la llamada política se ha convertido en un juego en el que manda la frialdad de los que tienen el poder (los financistas). Las figuras de la política (se llamen como se llamen: presidentes, diputados, alcaldes, etc.) solo son unos simples payasitos que bailan con gracejo la música macabra que les imponen los sacerdotes internacionales del dios Dinero. Para conseguir sus puestos, hacen el show de ofrecer algunos favorcitos a ciertos grupos o comunidades en situaciones críticas.

En estas condiciones, el real gobierno desde la polis no está en las elecciones. Solo está en los implicados, es decir, en el pueblo, en el barrio, en la comunidad, en las fuentes de trabajo, en los centros de estudio, de organización social. Es cierto que hay que contar con lo relativamente poco que aportan los figurones de la política. Aunque son millones, por un mal manejo histórico, casi todo está comprometido con los señores de la plata y con los “huesos” o trabajitos otorgados al personal partidario por su entrega en la farsa electoral. Por eso, cada comunidad tiene que convertirse en lo que antes se llamaban grupos de presión que hagan un auténtico gobierno al tratar de solucionar los problemas reales.

El gran engaño de nuestro mundo actual (tanto en lo académico, como en lo político) es hablar de la eficacia y de la eficiencia como si fueran los valores fundamentales de la humanidad y de su gobierno. Pero estas pautas tecnocráticas son profundamente mentirosas: su manejo solo refiere a la utilidad; no a la finalidad de la realidad, social o material, implicada.

Nos hemos esclavizado al mundo de la tecnocracia y del dinero. A unos lo que les importa es vender (“lo que sea con tal de hacer plata”) mientras a los otros les importa mostrar además su poder adquisitivo. Siguen así los gustos de moda manipulados por la publicidad: el barrio con clase, el carro del año, las joyas y perfumes de prestigio, los vestidos de marca, los “buenos” clubes sociales, etc.

El dinero ha dejado de ser así un medio para convertirse en el fin absoluto de la actualidad (“a su lado Dios es cualquier cosa”). Pero su idolatría se basa en un sistema existencialmente malsano. No buscamos cosas para vivir, vivimos para cosas presentadas como supuestas “necesidades”.

La obsesión derivada en este juego por la plata, por el poder, por la fama y por la posición tiene sus propias trampas morales, espirituales y mentales. Además, el depender, en su adquisición, de una lógica que favorece a pequeñas minorías en contra de las grandes mayorías, los resultados tecnológicos o financieros de este juego se han convertido en unos recursos, social y moralmente, tramposos y malintencionados. El juego de su mercado deforma las necesidades. Como decían algunos pensadores del siglo pasado, al confundir el “ser” con el “tener” nos volvemos esclavos de soluciones irreverentes de los principios humanos (más allá de la participación más o menos abierta o velada en el incumplimiento, en el soborno, en la rapiña o en el narcotráfico).

Desde este juego, los llamados “políticos” no se ocupan de gobernar. Se especializan en “mercadear votos” para poder manejar a su antojo y beneficio las finanzas públicas. En nombre de supuestas “necesidades” humanas, su mitología es así bastante abusiva: genera las explotaciones más desastrosas, las vejaciones más ultrajantes, los exterminios más atroces, las guerras más odiosas y los maltratos más catastróficos como consecuencias de un supuesto progreso o derecho.

Como una divinidad sustancialmente deformada, la utilidad se ha convertido en el ser supremo del mundo actual. El “diablillo” que todos llevamos por dentro termina domesticado como un sirviente de las atrocidades del gran Diablote imponentemente señorial del mundo actual: Don Dinero. De esta manera, hemos puesto la realidad “patas para arriba”: los medios se han convertido en fines (sin ver las inconsecuencias humanas de su uso). Es decir, se ha sepultado a los verdaderos fines (morales y espirituales) en el cementerio de

lo “imposible”. Por eso, al ser sus gestiones un remedo de gobierno, el mundo actual exige un profundo proceso revolucionario.

La perorata de su juego es el resultado de las mentiras implicadas. El éxito político no es medido desde lo humano, sino desde las finanzas. Al dejar de ser un medio útil en función del valor de fines fundamentales, su dinero es valorado como “el mayor bien”. Su juego se ha convertido así en un gran burdel con sutiles llamados a la prostitución conductual. Lo que importa es lo que “se saque, aunque «se venda el alma al diablo»”. Su secreto dominio paga con prebendas los favores recibidos mientras oculta su ignominia: Sus resultados son manejados detrás de la misma muletilla: “Hay que ganar a toda costa”. Sus proxenetas usan billeteras de la marca que más convenga (Dólar, Euro, Libra, Peso, Colón, etc).

Antes, también se mentía de manera descarada: se usaba a Dios como pretexto. Matábamos, masacrábamos o avasallábamos a millones de personas “en nombre de Dios” (véanse las barbaridades de nuestra conquista). De igual manera, hemos creado en la actualidad un mundo cada vez más inhabitable para la especie humana: las aspiraciones fabricadas han sustituido a las reales necesidades para que los ricos se hagan cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Esto explica las razones por las cuales el valor moral y espiritual va decayendo cada vez más: se asume como natural el viejo principio capitalista de que “el pez grande se come al pequeño” y su comentario popular de que “el problema no es que haya ricos y pobres; el problema es ser uno pobre”. Para darle seriedad a este impropio, la academia ha establecido la idolatría por los supuestos medios de desarrollo. Pero su juego es desastroso. Su artillería se denomina empresas o bancos, sus soldados son vistos como trabajadores y sus oficiales se llaman empresarios o partidos.

Como cualquier medio o recurso humanos, la tecnología, las armas, las religiones, las ciencias o las profesiones no son, por naturaleza, ni buenos, ni malos. Simplemente sirven para “manejar”, de buena o mala manera, la realidad (como dice la etimología, “para meter la mano en ella”). Por eso, solo pueden ser útiles o inútiles en función de los fines determinados que orientan su acción. En efecto, lo que los carga de valores positivos o negativos es la finalidad y las consecuencias reales del modo de uso preciso que se les de.

Pero esta es la finalidad se concreta como una auténtica gobernanza en cualquier realidad: la búsqueda del bien común. Sin embargo, al confundir el “logro” con los signos monetarios del propio interés, la mayor debilidad de la mentalidad humana implicada en la actualidad es la locura obsesiva del tener cuyo “hospital psiquiátrico” ha cubierto casi todo el planeta tierra (quizá es más correcto decir cuyo recinto ya que “hospital” supone una clara voluntad de curar). Recuerdo una anécdota de este manicomio. En una reunión con dirigentes políticos, un experto internacional nos dijo: “Si me facilitan los millones de dólares que se requieren, ya puedo convertir a cualquiera de ustedes en presidente de la República”. Nos hubiera simplemente “vendido” como un detergente cualquiera, sin importar lo que hiciéramos o pensáramos. No obstante, este “recinto” todavía tiene algunas pequeñas islas de verdadera humanidad. Por eso, como se suele decir, “la esperanza es lo último que se pierde”.

De manera parecida a como la religión nos ha hablado en nuestro ambiente de “ser fieles a Cristo”, nuestra sociedad nos predica el culto formal a lo democrático o tecnológico. Ciertamente, tanto Dios como la Democracia o la Tecnología son realidades muy valiosas. El problema fundamental no está en ellos, sino en el camino que escogemos para llegar a ellos. Pero, al confundir en esta vía el bien con la utilidad financiera, se deforman los valores sociales, morales y culturales implicados. En estas condiciones, los discursos “sociales o partidarios” correlacionados están orientados a eludir las reales finalidades, detrás de exposiciones o efectos sin real contenido humano.

La “política” es básicamente el reino de la mentira mientras el meollo del asunto es lo que se consigue efectivamente con los actos implicados: ¿qué se logra realmente?, ¿quién o quiénes salen beneficiados?, etc. En estas condiciones, la solución de la gobernanza actual no está en el juego de los partidos políticos. Estos ya no sirven para gobernar en función del bien común ya que son maquinarias empresariales para abusar, sin fundamentos éticos, de los recursos del estado en real detrimento de la población implicada.

Por eso, el problema del gobierno es el drama central del mundo actual. Su desarrollo debe tener como meta que todos los entes humanos puedan vivir como humanos. Dicho en otras palabras: la democracia no existe, está por hacerse. De esta manera, las exigencias que debieran resolverse, enfrentarse y concretarse desde la cooperación comunal realmente implicada se han convertido en un simple proceso de frustración: razón por la cual mucha gente se aleja de lo político. En efecto, los partidos políticos tienen su propio

cuento y su propia trama con un público casi siempre sentado en la poltrona del desinterés, sin enfrentar los serios retos de la compleja dramaturgia vivida. Sus asuntos son así ajenos a una verdadera gobernanza.

Por eso, en este juego tramposo, la vivencia política del pueblo se ha convertido en el drama de una “dedocracia de pedigüeños” en la que, detrás de una maraña de mitos y mensajes, los trucos retóricos de los dirigentes y candidatos partidarios (y a veces de algunos académicos) reflejan las palabras rimbombantes y manipuladas de su teatro. El resultado final es siempre el mismo se reparten migajas mientras se deforman las necesidades y posibilidades populares en favor de intereses creados.

Como dice el dicho, “obras son amores, no vanas palabras”. En efecto, no se es cristiano porque nos damos golpes de pecho en el culto dominical, ni se es democrático porque vamos a votar cada cierto tiempo a la luz de los discursos con fidelidades engañosas de unos aspirantes presentados con características similares a la publicidad de unos productos comerciales. Lo importante no es aplaudir, ni reclamar (menos aún, la indiferencia de simplemente ver) a los farsantes o actores de este teatro, sino participar activamente en la solución de los asuntos fundamentales: hacer verdaderamente la democracia. En efecto, ser democrático no es ir a votar cada cuatro años, sino asumir, personal y colectivamente, el problema de la gobernanza de nuestras comunidades. Pero esto es algo del día a día.

Pero este día a día está en cada comunidad: el lugar donde se viva, el lugar donde se trabaje, el lugar donde se estudie, el lugar donde se compartan creencias, el lugar donde se practiquen deportes, el lugar donde se converse, el lugar donde se ama...No hay que esperar que los otros hagan. Hay que hacerlo uno mismo: pero no solo, con los otros.